



✠ **Lectura del santo evangelio según san Mateo (22,34-40):**

*En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, formaron grupo, y uno de ellos, que era experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?»*

*Él le dijo: «"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser." Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas.»*

Recuerda la definición de **Santa Teresa de Jesús** de la oración. Es de una asombrosa sencillez: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino **tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama**»

Para orar con el evangelio, debes siempre ponerte en **presencia de Dios**, invocar después al **Espíritu Santo** y pedir ayuda a la **Virgen Santísima**. Después haz siempre la **oración preparatoria** de San Ignacio (*pedir a Dios nuestro Señor la gracia de que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de la Divina Majestad*), y después de leer tranquilamente el evangelio y conocer la **HISTORIA** del mismo, adéntrate en la meditación de cada punto que se te ofrece en el texto.



segundo, al que define también en esta ocasión con una fórmula bíblica tomada del código levítico de santidad (cf. Lv 19, 18). De esta forma, en la conclusión del pasaje los dos mandamientos se unen en el papel de principio fundamental en el que se apoya toda la Revelación bíblica: "De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas" (Mt 22, 40).

**MEDITACIÓN DEL P. MORALES**  
**(Puntos para meditar)**

Los fariseos estaban decididos a eliminar a Jesús. No podían soportar su presencia ni oír su doctrina. La envidia, al ver cómo el pueblo se iba tras Él, les carcome. Es el tercer año de la vida pública del Señor. Los judíos cada vez atacan con más fuerza. Acometen furiosamente contra Él. Le cercan con preguntas insidiosas para comprometerle. Una de ellas es la que nos presenta este Evangelio.

**LA HISTORIA (Benedicto XVI)**

**(La historia te ayuda a comprender mejor el relato)**

La Palabra del Señor, que se acaba de proclamar en el Evangelio, nos ha recordado que el amor es el compendio de toda la Ley divina. El evangelista san Mateo narra que los fariseos, después de que Jesús respondiera a los saduceos dejándolos sin palabras, se reunieron para ponerlo a prueba. Uno de ellos, un doctor de la ley, le preguntó: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?" (Mt 22, 36). La pregunta deja adivinar la preocupación, presente en la antigua tradición judaica, por encontrar un principio unificador de las diversas formulaciones de la voluntad de Dios. No era una pregunta fácil, si tenemos en cuenta que en la Ley de Moisés se contemplan 613 preceptos y prohibiciones. ¿Cómo discernir, entre todos ellos, el mayor? Pero Jesús no titubea y responde con prontitud: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento" (Mt 22, 37-38).

En su respuesta, Jesús cita el Shemá, la oración que el israelita piadoso reza varias veces al día, sobre todo por la mañana y por la tarde (cf. Dt 6, 4-9; 11, 13-21; Nm 15, 37-41): la proclamación del amor íntegro y total que se debe a Dios, como único Señor. Con la enumeración de las tres facultades que definen al hombre en sus estructuras psicológicas profundas: corazón, alma y mente, se pone el acento en la totalidad de esta entrega a Dios. El término mente, *diánoia*, contiene el elemento racional. Dios no es solamente objeto del amor, del compromiso, de la voluntad y del sentimiento, sino también del intelecto, que por tanto no debe ser excluido de este ámbito. Más aún, es precisamente nuestro pensamiento el que debe conformarse al pensamiento de Dios.

Sin embargo, Jesús añade luego algo que, en verdad, el doctor de la ley no había pedido: "El segundo es semejante a este: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*" (Mt 22, 39). El aspecto sorprendente de la respuesta de Jesús consiste en el hecho de que establece una relación de semejanza entre el primer mandamiento y el

**1. En aquel tiempo los fariseos...se reunieron en un lugar y uno de ellos...**

Fariseos, por una parte; saduceos, por otra, las dos sectas rivales, pero ahora aunadas en común objetivo, van asediando sucesivamente a Cristo para desacreditarlo ante el pueblo. Atacan alternativamente y discuten insidiosos con Cristo. Acaba Jesús de imponer silencio a los saduceos, triunfando de ellos al refutar su objeción contra la resurrección de la carne, y ahora les toca el turno a los fariseos.

Empeñados en buscar un pretexto para comprometer a Cristo, decididos a que perdiese prestigio ante el pueblo para poder impunemente condenarle a muerte, vuelven a la ofensiva. Pero ahora, en vez de atacar directamente, comisionan a uno de los escribas, los intelectuales de entonces, más hábiles y expertos en la discusión.

**2. Un doctor de la ley le preguntó para ponerlo a prueba...**

Detengámonos un momento a contemplar la escena. Contemplar es eso, pararse a mirar. Es uno de los atrios del maravilloso y espléndido templo de Jerusalén. Es, quizá, el llamado de los israelitas, el más elevado de todos. Medía unos sesenta metros de anchura por solo diez de fondo. Allí se arremolinan, cargados de rabia y envidia, sus enemigos. Jesús, con paciencia inaudita, les aguanta, les enseña, les ama, se compeadece de ellos.

–«Madre, que le vea, que le imite. ¡Me cuesta tanto conservar el equilibrio, no perder la paz cuando me atacan! Mientras me arrastre por la tierra estaré siempre rodeado de enemigos; más o menos velados, pero enemigos siempre. Unas veces, mis familiares – a veces son los peores, como dice Cristo –. Otras, compañeros de estudio o trabajo, personas que me rodean, para las cuales no hay otro Dios que lo de aquí abajo. Madre querida, nosotros tenemos que convivir con ellos, como lo hacía Jesús ese Martes Santo, para tratar de ganarlos a todos.

Paciencia de Cristo: confórtame, dame fuerzas. Así dicen que exclamaba Pío XI en agonía para soportar los dolores de su enfermedad».

Saber discutir, comprender, perdonar a los que te contradicen, a los enemigos de mi fidelidad a la voluntad de Dios. Estar entre ellos inmutable, con paz serena y silenciosa. El Evangelio se prolonga. Jesús me comunica fuerza imperturbable para mantenerme firme ante invectivas y reproches de quienes no comprenden mi vida de apóstol aspirando a la santidad. Y cuando me tachen de fanático, intransigente, desagradecido... me alegro interiormente al saborear palabras de Cristo: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia... no es el discípulo mejor que el Maestro... si a mí me persiguieron...

### 3. ¿Cuál es el principal mandamiento de la Ley?

Y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Sin rodeos, plantea una cuestión batallona que traía divididos a los fariseos. Un problema espinoso y delicado era el que Jesús tenía que resolver. Con ánimo de probarle, dice el Evangelio que el escriba le interpela. Es decir, con perversa intención, para que el pueblo se desengañase. Las turbas se maravillaban de sus enseñanzas.

### 4. Y Jesús le respondió: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente*». Este mandamiento es el principal y primero.

Majestad y sencillez en las primeras palabras de Cristo, que yo tengo que escuchar en la oración como si fuese la primera vez que las oigo. La rutina esteriliza muchas veces mi oración. ... Vayamos a la oración deseando oír siempre algo nuevo, aun aquello que creemos entender. Encontremos gozo en esa dulce conversación con Cristo, que nos va revelando poco a poco sus palabras de verdad y vida. «En otro tiempo, me entregaba a conversaciones frívolas. Ahora, por especial favor de Dios, no encuentro ya gozo más que en la conversación con Él».

Es muy corriente ir a la oración sólo para hablar con Dios, a contarle sus problemas... Es verdad que esto no se excluye y que ése suele ser el primer estadio al relacionarnos con Él. Pero, cuando ya ha transcurrido cierto tiempo, el alma delicada va comprendiendo que a la oración va a oírle a Él. «Habían venido para oírle a Él, dice el Evangelio de la multitud que se congregaba rodeando a Jesús». A eso vamos a la oración.

Un solo Dios... Luego no puede haber para ti otros diosillos: honra, comodidad, quedar bien ante los demás, agradar... Un solo Dios.

–«Madre querida: que vea, que me ilumine la luz del Espíritu Santo para descubrir los idolillos que dentro de mí mismo tengo fabricados, los diosillos que me he construido. No me he dado cuenta hasta ahora quizá por la agitación de vida exterior que llevo. Quiero que tú me ayudes antes de oír en mi alma otra frase más contundente de Cristo en este Evangelio...»

**Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.** Cuatro veces repite Jesús la palabra todo, en la versión de Marcos. Los santos son hombres del todo y del siempre. Un solo Dios tuyo. Hemos sido creados para el Amor; no queramos idolatrar con diosillos de barro y carne.

–«Madre querida: quiero escuchar este pregón divino que me invita a la santidad, a la total e incondicional entrega al Amor. Quiero convencerme de que la llamada a la santidad no es ilusión, sino una realidad llena de amor.

Quiero comprender que la responsabilidad que adquiriré con el bautismo es para que camine recio y marcial hacia una santidad, en la que Dios debe ser absoluto e incondicional Señor, y yo, el esclavo que repite con María: «Hágase». A mí me corresponde estar como Ella: estaba la Madre dolorosa junto a la cruz del Hijo...»

**Este mandamiento es el principal y primero.** Va a recalcar más su enseñanza. En el silencio de la oración, quiere repetirme que aquí está todo: en el amor de Dios, que nos lleva al olvido de nosotros mismos, o, mejor, en el olvido de nosotros mismos, que nos acerca a Dios.

### 5. Amarás al prójimo como a ti mismo

El segundo es semejante a él, añade Jesús. Tan semejante, que es el mismo, porque **amar a Dios es amar a los hermanos** y quererlos a ellos no por ellos mismos ni por la complacencia que siento en mí, sino por y en Dios. Es amar al Señor en todas las cosas, y a todos en Él.

Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Sí; harás apostolado, ... estando a cada instante con amor, haciendo lo que Él te pide, aunque sea la enfermedad y el sacrificio de tus propias cualidades en la inactividad de una vida aparentemente inútil, en que crearás no se hace caso de ti, se te arrincona. Entonces empezarás a andar en verdad, a ser humilde, a conquistar de verdad almas. «*Con una chispita de amor puede encender las almas*», fue el sentimiento que se apoderó del corazón de Teresa de Lisieux durante una procesión en el claustro al observar que con la lamparilla del sagrario que se extinguía se enciende una vela, luego muchas, y se llena de luz la iglesia oscura.

El mundo está en tinieblas hoy. Para iluminarlo hace falta no almas que se agiten mucho en activismo estéril e infecundo, sino corazones que amen mucho a Dios y a los hermanos.

Dijo el escriba: «Muy bien, Maestro, tienes razón». Esto es más importante que todos los holocaustos y sacrificios. Y Jesús, viendo que aquél había respondido acertadamente, le dijo: No estás lejos del Reino de Dios.

–«Madre querida: quiero estar también cerca del Reino de Dios. Ayúdame a comprender las profundas palabras de este Evangelio. Ayúdame a conocer “los engaños del mal caudillo y ayuda para de ellos me guardar”. Concede, Señor, a tu pueblo no contagiarse con diabólicos engaños, para que te sirva a Ti solo con corazón puro».

## ACTO DE AMOR A DIOS

### ORACIÓN del Santo Cura de Ars

Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida.

Te amo, Dios mío, infinitamente amable, y prefiero morir amándote que vivir un solo instante sin amarte.

Te amo, Dios mío, y sólo deseo ir al Cielo para tener la 29 felicidad de amarte perfectamente.

Te amo, Dios mío, y sólo temo el infierno porque en él no existirá nunca el consuelo de amarte.

Dios mío, si mi lengua no puede decir en todo momento que te amo, al menos quiero que mi corazón te lo repita cada vez que respiro.

Dame la gracia de sufrir amándote, de amarte en el sufrimiento y de expirar un día amándote y sintiendo que te amo.

A medida que me voy acercando al final de mi vida te pido que vayas aumentando y perfeccionando mi amor. Amén.